

## EL ALTAR MÁS ALTO (FRAGMENTO)<sup>1</sup>

*Patrick Tierney*

“Domingo Manquián estuvo con nosotros en el cerro de allí,” dijo Senovio. “Se corrió la voz de que estaban buscando a un huérfano para sacrificar en el Cerro Mesa. La *machi* quería a un huérfano, dijeron”. El mensaje llegó casi inmediatamente después de la primera ola del maremoto, alrededor de las tres de la tarde. Luego trataron de conseguir a una niña de unos 18 años desde Pu Budi, pero su familia la escondió. Así que se quedaron con el pequeño nieto de Vargas, porque no había nadie que lo defendiera.

“A las seis de la tarde la tercera ola del maremoto arrasó. Para ese momento la comunidad entera alrededor de Cerro Mesa estaba en la cima de la colina. Desde nuestra cima del cerro podíamos ver cientos de personas bailando allí. Pero esa tercera ola casi se los lleva a todos –vimos el agua chocar contra el cerro y reventar sobre ellos, mojando a todos los bailarines de Cerro Mesa. Debieron haber sido veinte metros de alto. Cerro Mesa estaba completamente aislado por el mar. No había nada más que agua allí, agua allá y olas por todas partes. Pensamos que el mundo llegaba a su fin. No nos importaba nuestra casa, nuestros muebles o los animales, porque pensamos que todo estaba llegando a su final. Nunca queremos volver a verlo”.

Pregunté cuáles eran los líderes de la comunidad, los *loncos*, en ese tiempo.

“El jefe de esa comunidad era el viejo Trafinado”, dijo Rosario, usando el sobrenombre del jefe muerto, Juan Nahuelcoy. “A medida que cortaban con un cuchillo los brazos y piernas del niño, la *machi* los recibía y los pasaba al viejo Trafinado. Y el viejo Trafinado bailaba con ambos brazos del niño, blandiéndolos en el aire. Arrancaron el corazón del niño también, mientras la *machi* tocaba su tambor. Después de muerto, tomaron al niño y lo recostaron en el piso, como ofrenda, frente al mar.

“Después la *machi* anunció, ‘Aquí están mis dos ovejas negras’. Y desde un arbusto detrás saltaron dos hombres desnudos, los cuales bailaron con lanzas, agitándolas como si se estuvieran defendiendo. Pero cuando la gente vio a los hombres desnudos

---

1. Traducción de Danusia Paleczek Alcayaga.

agitando sus lanzas se aterrizaron y huyeron. Aquí llegaron llorando y nos contaron todo lo sucedido”.

Lorenzo y yo encontramos amplia confirmación a este informe cuando hablamos con Segundo Aillapán, padre de *ngenpin* el cual me dio valiosa información sobre los espíritus de la montaña y su madre, Machi María Huechacona, quizás la *machi* más antigua del Lago Budi, y que ocupa las más prestigiosas posiciones en el *guillatún* ceremonial después de la Machi Juana.

“Tres años antes del terremoto de 1960 soñé que las olas habían emergido”, contó la Machi María Huechacona. “Yo hablé con las olas, sosteniendo una rama de Maqui, diciéndole que se disolvieran. Luego una pareja apareció en Cerro Mesa, Une Fuche y Une Kuche [Los dioses padre y madre mapuche; literalmente, el Primer Hombre y la Primera Mujer]. Preguntaron, ‘¿En dónde está el *guillatún*?’”.

A partir de ese sueño, Machi María aseguró que ella aprendió que Dios se proponía destruir a todos. Cuando le pregunté por qué Dios apareció en Cerro Mesa, ella me respondió que Cerro Mesa es un *conlil*, un lugar sagrado. Dijo que *conlil* también significa “lugar de pelea,” lo cual es por qué Machi Juana hizo que los hombres desnudos simularan una batalla con sus lanzas, defendiéndose del mar que se alza.

Segundo Aillapán agregó que Cerro Mesa tenía un “espíritu luchador” desde tiempos ancestrales, cuando trescientos guerreros muertos fueron cremados en la cima del cerro. “En la última guerra, entre los jefes de aquí y los jefes en Temuco, estábamos aliados con los chilenos, y mucha gente de Temuco e Imperial murieron en las playas. Fueron quemados con leña en Cerro Mesa, pero su espíritu permanece. Sus huesos fueron colectados en carros de bueyes”.

Esta guerra debió haber ocurrido en algún momento entre 1818, la fecha de la independencia de Chile, y 1880, cuando la conquista final de la tierra mapuche por la armada chilena comenzó. Ahora, Cerro Mesa, en adhesión a ser el cerro con el espíritu de Machi Juana y acceso directo al Volcán Llaima, fue también un lugar de pelea ancestral y cremaciones ceremoniales, un baluarte lógico en el cual se combate una lucha espiritual contra el monstruo serpiente Cai Cai Filu, al cual amenazaron con sus lanzas los bailarines desnudos de Machi Juana. El uso de las lanzas arcaicas, la desnudez de los bailarines y su identificación con la más común víctima animal –ovejas negras– indicaba el primitivo origen del ritual.

Yo quería saber más sobre este ritual de bailes con lanzas por los, así llamados, ovejas negras. Desgraciadamente, el viejo jefe Trafinado estaba muerto, y también lo estaban los dos hombres que habían actuado como bailarines desnudos. Pero una de las hijas de Trafinado se había casado con el abuelo de Lorenzo, el último gran *lonco* del lago Budi. Ella era su cuarta esposa y, acorde al sistema de castas

mapuche, era una de las abuelas de Lorenzo. Tomamos la oportunidad de hacerle una visita a la anciana dama.

María Nahuelcoy le dio a Lorenzo un fuerte abrazo. Yo estaba sorprendido con su efusividad, no acostumbrada en el reservado protocolo mapuche para saludos. Pero su ánimo cambió bruscamente y comenzó a llorar mientras nos contaba que uno de sus sobrinos había sido llevado a la cárcel. Ella insistió en un trago antes de hablar con nosotros. Le servimos un vaso de vino. “Esto sabe a pipí de caballo”, dijo apreciativamente.

“¿Nos puedes contar algo sobre la costumbre mapuche durante los terremotos?”, le pregunté.

“No, no, no,” ella respondió. “Quiero cantar. ¿Acaso no entienden que se han acabo de llevar a mi sobrino a prisión en Santiago? No sé qué hizo”.

“Estas cosas la asustan, porque su propio hijo y su propio sobrino han sido involucrados en tantos crímenes y asesinatos”, explicó Lorenzo. De hecho, María Nahuelcoy dijo que todos sus hijos estaban muertos, dos de ellos asesinados. Y resultó que Machi Mariano era su hijo adoptivo, así que ella estaba planeando también visitar a su niño, ahora sentenciado a tres años de prisión en Imperial. “Estas cosas la sobrecogen y teme hablar. Pero si la dejas cantar, todo va a salir”.

Después de tomar otro trago de vino, María Nahuelcoy, la última esposa del último jefe del lago Budi, anunció, “Soy muy buena cantando.” Luego comenzó un quejido, lamento fúnebre en mapuche.

Estoy muy triste,  
Yo no sabía qué iba a ocurrir;  
Mi corazón está sufriendo  
Ahora que me entero de que mi sobrino está en prisión.  
Mi corazón está sufriendo,  
Cuan fuertemente he sido herida...  
Cuando me he enterado, todos mis pensamientos concentrados solo en eso.  
Dejé mi casa alegremente,  
Y llegué segura al pueblo.  
Pero estoy tan triste ahora que sé.  
Soy la misma María Isabel Nahuelcoy,  
Pero ahora camino en aflicción,  
Como una persona distinta,  
Y tropiezo con todo lo que encuentro.

Se detuvo y lloró un poco, después anunció “una canción más”. Ella comenzó nuevamente, cantando en cadencias que recuerdan a los cantos indígenas del sudoeste americano:

Mi corazón quedó huérfano  
Cuando yo era sólo una pequeña niña.  
Mi padre muerto me hizo llorar muchísimo.  
Era cuatro veces viudo,  
Cuatro veces viudo.  
Mi padre me dio en matrimonio  
Porque era demasiado pobre,  
Porque era demasiado pobre.  
Yo supuse que me entregó porque era pobre.  
Eso es porqué me vendió como a un animal.  
Arruinó toda mi suerte.

“Yo sólo tenía doce años cuando me desposaron a Juan Aillapán” dijo. “Pagó con animales por mí, y yo era su cuarta esposa. Tuve cuatro hijos con él. Pero yo era sólo como su nana –nunca se casó legalmente conmigo. Así que huí una noche. Mi padre estaba enojado, pero fue su culpa. Yo nunca quise casarme con Juan Aillapán. Ese hombre viejo era ciego. ¿Qué podía obtener yo de él?”

Cuando le pregunté por Cerro Mesa, María Nahuelcoy inmediatamente dijo que su padre, Trafinado, y sus hermanos estaban presentes en el sacrificio del pequeño José Luis Painecur. Ella también dijo que le contaron todo sobre eso, hasta el más mínimo detalle. Quizás su resentimiento en contra a su familia la animó a contarlo. Quizás fue el vino.

“Mi padre fue el jefe allá en Collilelfu, cerca de Cerro Mesa”, dijo. “Crecí cerca de Machi Juana. Nos conocíamos desde niñas, aunque ella era un par de años mayor que yo [la cédula de identidad de María Nahuelcoy muestra que ella tiene setenta y nueve años]. A ella se la llevaron a la cárcel por lo que pasó después del terremoto.

“La gente de allá fue al *conlil*, Cerro Mesa. Un *conlil* es como Tren Tren, una defensa contra el mar. Tienen una gran serpiente dentro de ellos que hace el ruido TAANG TAANG mientras se eleva por encima del océano. La *machi* ordenó el sacrificio allí. Quién sabe por qué lo quería. Había gente bailando con tambores y pitos y *trutrucas*, mientras descuartizaban al niño. ‘Iré a buscar leña y agua,’ le prometió el niño a su abuelo. ‘Sólo déjame vivir, abuelo’. Lloró mucho por vivir. Ya estaba bien crecido, como así de alto [apunta con su mano]. Pero le cortaron su corazón e intestinos y los tiraron al mar”.

María Nahuelcoy dijo que Machi Juana guardó la sangre del niño en un tiesto, después untó la rama de Maqui en la sangre del niño y comenzó a agitarla hacia el océano, salpicando sangre tibia sobre el agua, arremolinándose alrededor de ella. “Y la *machi* cantó así”, dijo María Nahuelcoy.

Ahora María Isabel Nahuelcoy se paró y comenzó a agitar una rama imaginaria en el aire, cantando en mapudungun:

Feytata yetuafymy  
Kelluayyn taty kullyyuguayn  
Ynchyn mayta kunyfall  
Chumelu kam castigaynmu  
Tachy Ngnechen  
Kullyyuguayn tachy pgnen  
Eluayn regalautuayn feymu  
Calmape tachy marremoto  
Feymufey ngneuekynope

Toma a este niño ahora,  
Te estamos ayudando,  
Te pagamos con este niño.  
Somos todos huérfanos.  
¿Por qué nos castigas, Dios?  
Te sacrificamos a este niño,  
Te lo damos como regalo,  
Para que las olas del maremoto se calmen,  
Para que no haya más desastres.

TIERNEY, PATRICK. 4. Hunting for mummies. En su: The Highest altar: Unveiling the Mystery of Human Sacrifice. United States, Penguin books, 1990. 73-78 pp.